

GÓNGORA Y ARGOTE, LUIS DE (1561-1627)

COMEDIA VENATORIA

PERSONAJES:

CUPIDO
SILVIO
FLORISCIO
CAMILA
CINTIA

(Sale CUPIDO.)

CUPIDO

Aunque en humildes paños escondido
y disfrazado en hábito villano,
si es el mismo que desnudo soy vestido,
aquel dios soy del coro soberano
cuya dorada flecha y llama ardiente
ha quitado mil veces de la mano
el duro rayo al dios omnipotente,
al fiero Marte la sangrienta espada
y al gran Neptuno el húmido tridente,
y he hecho con mi diestra no domada
en medio el suyo conocer mi fuego
al negro Dios de la infernal morada.
¿Qué me extrañáis? Alado soy y ciego,
aunque sin venda, y alas me ha traído
de un noble cazador el justo ruego,
la humilde voz, el mísero gemido
de un noble cazador, amador noble,
siempre olvidado, nunca arrepentido;
cuya grave pasión y pena doble
ha vencido el desdén y la dureza
del laurel casto y del robusto roble,
y dellos cada cual por su corteza
lágrimas muchas veces ha sudado
de amor el lauro, el roble de terneza.
Por él, y lo que es más, acá he bajado,
porque sienta su ingrata cazadora
la dulce flecha del arpón dorado

y siga, no tan libre como agora,
la aljaba al hombro, con ligero paso,
del venado la planta voladora;
mas, con semblante de piedad no escaso,
escuche al que le informa en voz doliente
del amor suyo el lacrimoso caso.
Pues no es razón que sola ella se cuente,
con rostro siempre enjuto, las pasiones
de la amorosa miserable gente,
siendo yo aquel que enclavo corazones
desde do nace el Sol a donde muere
y desde Mediodía a los Triones;
así, pues, cuando aqueste brazo quiere,
aqueste arco es quien lanza esta saeta,
y esta punta dorada es quien los hiere.
Para dejarla a su pesar sujeta,
quiero esconder este arco y esta aljaba
de este bosque en la parte más secreta,
que, por la misma mano del que odiaba
(como veréis), ha de quedar hoy hecha
mansa y humilde, de soberbia y brava.
Quédese el arco, quédese la flecha,
en tanto que yo sigo, disfrazado,
desde espeso jaral la senda estrecha;
porque entre los monteros que han llegado
del Príncipe de Tebas este día
a perseguir el puerco y el venado,
quiero de esa robusta montería
algún rato gozar desconocido,
y de su generosa cetrería:
y al fin dar a entender que soy Cupido,
aunque en humildes paños escondido.

(Vase. Salen SILVIO y FLORISCIO.)

SILVIO

A mil torcidos cuernos dando aliento,
mil ecos cazadores mil entonan,
y con templados pájaros al viento,
y a la tierra con perros, no perdonan:
la raridad del aire en puntas ciento
halcones solicitan y coronan;
la nariz baja, canes extranjeros
calando el monte van con pies ligeros.
La blanca garza, que al romper del día,
el rojo pie escondido en la laguna,

las plumas del gentil pecho pulía
con el purpúreo pico de una en una,
y el viejo ciervo que a la par vivía
del bosque, hoy teñirán, sin falta alguna,
la garza del neblí las garras gruesas,
el ciervo del lebrel las fieras presas.
Tal es el aparato que ha traído
y de tantos monteros se acompaña,
que ave no abrigará su dulce nido,
ni fiera pisará más la montaña,
de espesas redes bien apercebido,
para que ciña con manera extraña
del vasto monte el áspero costado,
fuerte muro de cáñamo anudado.
En sola su confusa montería
hay donde un buen oído se dilate:
el corvo cuerno truena, el halcón pía,
el caballo relincha, el perro late,
el cascabel no olvida su armonía
si se sacude el pájaro o se abate;
así que todo hace un dulce yerro,
caballo, cascabel, cuerno, halcón, perro...

FLORISCIO

¿Viene gallardo el Príncipe?

SILVIO

Gallardo
y galán viene, a fe, sobre manera.

FLORISCIO

¿Y de qué se vistió?

SILVIO

De verde y pardo,
o de mezclilla, que una y otro era.

FLORISCIO

¿Con qué armas piensa andar?

SILVIO

Con solo un dardo
de firme cuento y de cuchilla fiera,
y un fuerte estoque a su siniestro lado
de un tahelí pendiente dilatado.
Tal se mostró aquel día al monte armado

el rubio mozo, por su mal valiente,
que manchó con su sangre el verde prado
del jabalí cerdoso el fiero diente;
y tal aquel montero desdichado,
cuya temeridad pobló su frente
de vengativos cuernos, en mal hora
fue visto de la casta cazadora.

FLORISCIO

Soberbia caza se nos adereza;
pero dime, ¿de Cintia y de Camila
has merecido hoy ver la gran belleza
en sus albergues o en el monte?

SILVIO

Vila
adonde de aquel risco la dureza,
sobre aquella aunque tosca hermosa pila,
en tres Alpes tres venas se desata
en líquida, en templada, en dulce plata.

FLORISCIO

¿Y di, estarán allí?

SILVIO

¡Ay!, se habrán ido
a seguir con sus arcos una fiera
que el sabueso de Cintia había sentido
de aquel peinado cerro en la ladera.

FLORISCIO

Busquémoslas; sabrán cómo es venido
el Príncipe, que cada cual espera.

SILVIO

Vamos; mas helas, vienen.

(Salen CAMILA y CINTIA.)

CAMILA

Yo me espanto
cómo con tal herida corrió tanto.

CINTIA

Tan ligero el corzo es,
que no da menos enojos

el seguillo con los ojos
que alcanzallo con los pies;
y así por mi cuenta hallo
que, si consientes decillo,
hizo más que tú en herillo,
la saeta en alcanzallo.
Mas quede el brazo contento,
Camila, pues que de hoy más,
aunque imposible, podrás
decir que has herido al viento;
y quede la mano ufana,
pues lo hirió de manera
que más herido no fuera
de la mano de Diana.
Pues de tal suerte corría
que, mientras se desangraba,
rastros hacer no dejaba
de la sangre que vertía;
porque, como viste y vi,
siguiéndole su derrota,
aquí dejaba una gota
y otra una legua de allí.

CAMILA

Bien corrió el ciervo; mas baste,
Cintia, para encarecer
lo que le vimos correr,
decir que no le alcanzaste
tú, que en correr y saltar
tienes ligereza tanta,
que sin mojarle la planta
puedes correr sobre el mar,
y, aunque agora te fatigas,
correr y echar mil traveses
sobre levantadas mieses
sin inclinar sus espigas.
Y así, pues que te cansó
muy mucho como el corcillo,
mucho hice yo en herillo,
mucho la flecha voló.

FLORISCIO

Por bien graciosa manera
se alaban ellas agora,
la una de cazadora,
y la otra de ligera.

SILVIO

Aguardemos hasta ver
si tienen, en tal lugar,
Camila más que tirar
y Cintia más que correr.

CAMILA

Pero, Cintia, si se nota,
bien salimos, por mi vida,
tú con la aljaba perdida
y yo con la cuerda rota.

CINTIA

La aljaba se me ha perdido.

CAMILA

Así lo puedes creer,
si no se quedó al correr
tras el corcillo herido.

CINTIA

No sé cómo la perdí,
ni aun entiendo de qué suerte
rompiste tú una tan fuerte
cuerda de un tirón.

CAMILA

Yo sí;
con tal fuerza y tan de veras
el arco quise flechar
por herillo, que juntar
hice las dos empulgueras:
él la flecha despidió,
y, queriendo abrirse cuanto
lo junté, como fue tanto,
la cuerda no lo sufrió.

CINTIA

Tras de una fiera muy brava
yo no sé qué más se pierda
que, por herillo, una cuerda
y, por seguillo, una aljaba.
A buscallo quiero ir yo.

CAMILA

Muy buena estaría la ida:
tú serías la perdida
en ir, y el aljaba no.

SILVIO
Salgamos a consolalla,
que amor acá me remuerde.

FLORISCIO
Aguarda.

CAMILA
Aun lo que se pierde
en lo llano, no se halla;
cuanto más lo que perdiste
entre matas tan espesas.

CINTIA
Muestras de alegre son esas.

CAMILA
Y aun esas muestras de triste.

CINTIA
No hay negallo, triste estoy.

CAMILA
Pues, porque no lo estés más,
ten de ese hilo, y verás
cuán grande maestra soy
de torcer cuerdas. Ea, ten.

CINTIA
No me detengas.

CAMILA
Ea, acaba.

CINTIA
Bien hallaré yo mi aljaba
desta suerte.

CAMILA
Tuerce bien.

(Salen SILVIO y FLORISCIO.)

SILVIO
¡Mi Cintia!

FLORISCIO
¡Camila bella!

CAMILA
Ay, ¿qué nos ha salteado?

SILVIO
Quien escondido ha escuchado
de cada cual la querella.

CINTIA
¿Y della, que habéis sentido,
o al menos de mi cuidado?

SILVIO
Siento de él, que me ha cobrado
la aljaba que has hoy perdido.

CINTIA
¿Cómo así?

SILVIO
Cintia hermosa,
sirviéndote de esta mía
y de este arco, que algún día
trujo tu mano envidiosa.

CINTIA
El don, Silvio, es tan galano,
que en tomarlo anda ya cuerda,
puesto que la aljaba pierda
tal hombro, el arco tal mano.
Mas no se dirá de mí
que a los dos fui tan cruel,
a ti en desarmarte de él,
a él en quitarlo de ti.

FLORISCIO
Pues sea de aqueste modo:
que si te da Silvio el suyo,
tú le des el arco tuyo;
ganarás tú, y él, y todo.

CINTIA

De esa suerte lo haré,
por tu gusto y mi reposo.

SILVIO

¡O yo mil veces dichoso,
que tal merced alcancé!

CAMILA

No sé, Cintia, qué te diga;
gana tenías de trocar.

CINTIA

Tú no sabes qué es buscar
en el monte con fatiga
y el trabajo que andar es
por esa espesura brava,
donde hallara la aljaba
y me dejara los pies.
Esto aun es cuando se halla:
mira tú si hiciera mal
en trocar por un don tal
el trabajo de buscalla.

SILVIO

Por solo que no te arguya
Camila más de pecado,
ora de fuerza o de grado
le has de hacer trocar la suya
y el arco, aunque esté rompido,
con Floriscio.

FLORISCIO

Haz que quiera,
Cintia, de cualquier manera.
¿Trocarás si te lo pido,
Camila?

CAMILA

No, en buena fe.

FLORISCIO

¿El porqué no me dirás?

CAMILA

Floriscio, no sepas mas
de que es mi gusto el porqué.
Pero tú dime qué ganas
en ello, que así porfías.

FLORISCIO

Tener yo cosa en las mías
de tus manos soberanas,
y armas que del corazón
con la sangre yo bañé.

CAMILA

Floriscio, grande es tu fe;
trueca, mas con condición
que me digas si ha llegado
el Príncipe, que deseo
saber ya nuevas de él.

SILVIO

Creo
que ya en la montaña ha entrado.

FLORISCIO

¡Oh arco de mi consuelo,
do se pusieron mil veces
tales manos: bien mereces
ser llamado arco del cielo,
pues el mesmo efecto tienes,
causando en nuestros amores
serenidad de favores
tras tempestad de desdenes!

CINTIA

Floriscio, déjate de eso,
que nadie te ha de querer,
y lo que puedes hacer
en pago del buen suceso,
es llevarte a Silvio luego,
y ambos dejarnos aquí
a tu Camila y a mí.

SILVIO

Hágase de Cintia el ruego,
aunque por ello perdamos
su dulce conversación.

FLORISCIO

Acá dejo el corazón;
pero voyme.

CAMILA

Presto.

SILVIO

Vamos.

(Vanse y quedan las dos solas.)

CINTIA

A trueco de verlos idos,
como soy la que interesa,
sé decir que no me pesa
que vayan favorecidos.

CAMILA

Allá vayan, y tú ahora
me cuenta, porque es extraño,
de Daliso el dulce engaño
con su ingrata cazadora.

CINTIA

Ayer te lo comencé
a contar y hice pausa,
no me acuerdo por qué causa;
óyelo, que es bueno a fe:
de un lantisco, cuyas hojas
sombra daban, y sus ramos
ganchos de donde colgamos
los arcos, las cuerdas flojas,
al verde pie recostadas,
que alivio y sombra nos dio,
estábamos Clori y yo
calurosas y cansadas,
y adormecidas después
al son de un lento arroyuelo,
que bañaba el verde suelo
y a las dos casi los pies.
Una solícita abeja,
sin tener en mi mancilla,
maltratada en la mejilla
y dolorosa me deja.
Diome, aunque breve, el tormento

tan terrible la picada,
que, a mis quejas alterada,
Clori despertó al momento
y con gana de burlar
me dijo: «No estés quejosa,
que teniéndote por rosa
muy bien te pudo picar;
porque tal estás agora,
que la abeja te juzgó
por rosa que se cayó
del rojo seno a la Aurora;
y aun la más fresca de aquéllas
de que ella ciñe su frente,
cuando vierte desde Oriente
bello aljófara, perlas bellas;
y así, perdónale el daño,
pues las dos ganáis de un arte:
ella dulzura en picarte
y tú alabanza en su engaño.
Pero si te da tal pena
la picada, bien sé yo
palabras que me enseñó
la gran mágica Filena:
que mordiendo la picada
tres veces, y dichas quedo,
hacerte con ellas puedo
que el dolor sea poco o nada».